



Corintios XIII

Revista de teología y pastoral de la caridad

COMPROMISO CON LA CULTURA POLÍTICA DEL ENCUENTRO

Julio L. Martínez Martínez y Fernando Vidal Fernández¹
Universidad Pontificia Comillas

9. Compromiso con la cultura política del encuentro

Julio L. Martínez Martínez y Fernando Vidal Fernández¹

Universidad Pontificia Comillas

I. Introducción

[1] *Preocupación por el compromiso y participación para regenerar la Casa Común.*

El compromiso con la cultura política del encuentro es una condición básica para superar con paz y justicia la crisis y las divisiones que ésta ha provocado. Crecer en libertad y cohesión social requiere que nos reencontremos y entre todos seamos capaces de recrear redes, redescubrir valores y regenerar las instituciones. Vivimos tiempos cruciales en todos los ámbitos.

1. Julio Martínez es rector de la Universidad Pontificia Comillas y profesor de su Facultad de Teología. Fernando Vidal es profesor de Sociología y Trabajo Social y dirige el Instituto Universitario de la Familia de la Universidad Pontificia Comillas. Han colaborado también en la elaboración del texto los profesores Agustín Blanco, José Manuel Caamaño y José Manuel Aparicio, profesores de Teología y Filosofía.

Tanto en aquellos que nos afectan más como ciudadanos en nuestro día a día —vivienda, sanidad, educación, pobreza, exclusión...— como en los que nos afectan más como sociedad —crisis económica y financiera, incremento de la desigualdad, el drama de las guerras y los refugiados, las migraciones, el envejecimiento, la sostenibilidad medioambiental...—. La política, como principal instrumento de respuesta a los problemas comunes, se halla también en un momento crucial. En respuesta, **es preciso tender puentes e impulsar en toda la vida pública y sus instituciones lo que el papa Francisco llama «la cultura del diálogo y el encuentro».**

A 30 años de la publicación por parte de la Conferencia Episcopal Española de *Los católicos en la vida pública* (1986) y a 20 años de la publicación de *Moral y sociedad democrática* (1996), la profundización en la participación sociopolítica de toda la ciudadanía continúa siendo «una de las principales preocupaciones» de la Iglesia en España. La ausencia o degradación de políticas públicas aumenta la pobreza, disgrega a los pueblos y extiende el sinsentido. La crisis ha fracturado el mundo en que vivimos privando de medios esenciales como el empleo a millones de personas y ha aumentado la exclusión social y las desigualdades. Como quedó expresado recientemente en la instrucción pastoral *Iglesia, servidora de los pobres*, es «un sufrimiento que no se debe únicamente a factores económicos, sino que tiene su raíz, también, en factores morales y sociales»². **La crisis ha puesto mucho más de relieve aspectos de la cultura política que formaban parte de una crisis social, cultural y política previa y mayor.** Esos aspectos sociopolíticos han causado que el impacto de la crisis fuera mucho más honda y han radicalizado la desconfianza de un gran sector de la ciudadanía respecto al conjunto del sistema.

La crisis sociopolítica no se reduce a nuestro país sino que existe una grave crisis de proyecto en el ámbito europeo y una crisis internacional que se manifiesta en conflictos sangrantes como el que en estos momentos empuja a Europa a cientos de miles de refugiados de Medio Oriente. **A nuestras sociedades les falta «alma»: un espíritu e identidad de solidaridad y sabiduría que permita enraizarnos en la dignidad de las personas.** No bastan recursos y procedimientos sino que es imprescindible un profundo espíritu común que nos lleve a mirar integralmente, trascender los límites y solucionar los problemas. En el fondo, esos problemas y límites que padecemos proceden de una antropología de la persona que no considera sagrada la inviolabilidad de su dignidad, que no activa una mayor sensibilidad de su conciencia y que no desarrolla todas sus capacidades. Así, «la Iglesia respeta la legítima autonomía del orden democrático; pero no posee título alguno para expresar preferencias por una u otra solución

2. Instrucción Pastoral *Iglesia, servidora de los pobres* (2015), n. 1.

institucional o constitucional. La aportación que ella ofrece en este sentido es precisamente el concepto de la dignidad de la persona, que se manifiesta en toda su plenitud en el misterio del Verbo encarnado» (CA, n. 47). Superaremos la crisis si todos creemos con mayor hondura y coherencia en la responsabilidad de cada ser humano respecto a los otros y en sus casi ilimitadas capacidades para el bien, la verdad y la belleza. Lo sostenía en nuestro país el papa Benedicto XVI cuando dijo que «sin esa aspiración a la verdad, a la justicia y a la libertad, el hombre se perdería a sí mismo»³.

Ante todo, no se debe robar a la gente la esperanza de que existan cambios cualitativos hacia un mundo mucho más humano y justo. Cualquier mejora de nuestra sociedad pasa necesariamente por un mayor compromiso de todos y que éste sea un compromiso dialogante y colaborativo. **Se necesita animar e iluminar al conjunto de la sociedad española a la intensificación del compromiso sociopolítico por el bien de la Casa Común** que compartimos en el planeta. La Casa Común incluye todo el patrimonio que compartimos en nuestra sociedad para el buen vivir; la solidaridad con el cuidado común, la sostenibilidad del medio ambiente en que existimos, la memoria compartida de la historia, nuestro modo de relacionarnos y celebrar y toda la sabiduría que nos ayuda a discernir y deliberar juntos. En esa Casa Común debemos implicarnos toda la ciudadanía y llamamos muy especialmente a todo el pueblo cristiano a hacerlo en mucha mayor medida y en mucha mayor colaboración con todos, según las diversas formas e ideas compatibles con el Evangelio que estimen más justas y eficaces.

*[2] Una reflexión para todos los hombres de buena voluntad
y una especial llamada a todos los católicos*

Para iluminar en esa dirección la Iglesia quiere desear compartir con todas las personas de buena voluntad sus deseos, reflexiones y medios. Desde la Iglesia —que es hogar acogedor de todos los hombres de buena voluntad— se quiere aportar lo mejor de nosotros a la necesaria revitalización de la política y quiere animar a todos y, muy especialmente, a todos los cristianos laicos. La Iglesia anima a cultivar una mirada más universal, a aprender de los nuevos signos de nuestro siglo, a la mayor participación cívica, a un mejor ejercicio de las responsabilidades en la vida pública, a ser profesionales con un mejor servicio de la sociedad y a superar la desigualdad y la exclusión sociales. Para eso **es preciso reivindicar y dignificar la política; recuperar el significado más noble y real de la política como servicio y participación, porque en definitiva «la comunidad política se constituye para servir a la sociedad civil, de la cual deriva»**⁴. Por ello, los cam-

3. BENEDICTO XVI, *Discurso en la Catedral de Santiago de Compostela*, 6 de noviembre de 2010.

4. Compendio de Doctrina Social de la Iglesia, n. 417.

bios políticos realizados como respuesta a la crisis económica e institucional de nuestro país, no deberían repetir errores del pasado: hay que impedir que tras la primera decepción que ha dañado tanto la credibilidad pública, se produzca una segunda decepción que apague esperanzas y ahonde escepticismos. Hay que ser conscientes de que la indiferencia, la pasividad o la desesperanza son también una forma de hacer política: una mala política. Hay que devolver, especialmente a los jóvenes, la esperanza de construir un mundo mucho mejor.

[3] Un compromiso público que usa los nuevos medios y se inspira en el saber social de la Iglesia.

Pero la reivindicación de la política y la llamada a la participación no se puede hacer en las mismas condiciones que nos condujeron a esta crisis radical que padecemos. Debe hacerse de un modo más integral implicando un desarrollo de todos los agentes de la sociedad civil —desde las familias y los barrios, a los movimientos sociales y las profesiones—; reconociendo la legítima pluralidad y diversidad de ideas y métodos; fomentando el respeto, tolerancia y convivencia cívica; refundando el encuentro imprescindible para crear grandes consensos sobre lo esencial y trabajar pacíficamente en un proyecto común. Y debe hacerse aprovechando los nuevos medios sociales y las nuevas lógicas colaborativas que la sociedad va innovando y experimentando con éxito. La Iglesia ha vivido a lo largo de los siglos lo que es la humanidad cuando experimenta muy buenos tiempos y también cuando atraviesa sus peores momentos. Esa experiencia de siglos puede ayudar a tener una mirada confiada, compasiva y esperanzada en la condición humana. La Iglesia ha aprendido de errores y fracasos y esa memoria reconciliada es clave para saber qué no repetir. En el actual contexto que vive nuestro país, la Iglesia quiere impulsar el amor político y ser fiel a su especial vocación de servicio a la reconciliación, la unidad y la paz. Quizás lo más necesario es crear motivos y lugares para el encuentro interpersonal y unir voluntades. Como dijo Juan Pablo II, «Un mundo de justicia y de paz debe llegar como fruto de la participación de todos»⁵.

II. Una crisis integral que requiere más y mejor política

[4] La llamada al compromiso hoy nos lleva a ser ciudadanos más universalistas

El siglo XXI está siendo un tiempo acelerado de grandes oportunidades de universalización y progreso, y a la vez fuertes riesgos que golpean contra

5. Mensaje para la celebración de la XVIII Jornada Mundial de la Paz, 1 de enero de 1985, n. 9.

la economía justa, la sostenibilidad medioambiental, la protección de los Derechos Humanos y la paz internacional. España no es ajena a ninguno de esos riesgos ni oportunidades porque cada vez estamos más imbricados en el mundo y por tanto actuamos como ciudadanos mundiales con responsabilidades en todos los procesos del planeta. **Gran parte de los problemas más graves que sufrimos como país necesitan soluciones universalistas.** Impulsar el compromiso social y político de los españoles es, por tanto, animarles y acompañarles a intensificar su compromiso no solo en nuestro país sino en toda la sociedad mundial. Esa *Mirada Tierra* nos ayuda a comprender mejor cómo actuar en el ámbito local. La vida pública ha expandido sus fronteras y nos llama a trabajar por constituir una sólida y eficaz sociedad civil global. Mejorar nuestra cultura política requiere un mayor universalismo, abrimos al mundo para aprender y responsabilizarnos de él. El desarrollo sostenible de España se juega en su papel en el conjunto del planeta. **Cuanto más nos comprometamos sociopolíticamente en el mundo, más estaremos desarrollando también nuestro país y trascendiendo las fronteras exteriores e internas.** Inspirados en el liderazgo mundial que ejerce el papa Francisco, es imprescindible trabajar intensamente por construir junto con todos los pueblos y colectivos una corriente global por la humanización.

[5] Nuestra época está desarrollando innovaciones que crean enormes oportunidades sociopolíticas de convivencia, desarrollo y libertad

Hay que cultivar una mirada positiva y valorar que ha habido mejoras cualitativas en distintos ámbitos que afectan a la participación y acción en la vida pública: las redes sociales, las lógicas colaborativas, la ubicuidad de las comunicaciones, los métodos de gobernanza participativa, la cultura digital, la expresión de la diversidad, la creación de bienes comunes, la «informacionalización» o, en general la *movilidad integral* —física, comunicacional, de bienes y trabajadores, psicológica, formativa y cultural— y que es una de las principales dinámicas de nuestro tiempo. Junto con otros avances están creando posibilidades que favorecen la creación de un denso tejido relacional, el progreso de los pueblos y una sabiduría humana cada vez más compartida. El mundo está viviendo una movilización de todas las fuentes de innovación y creatividad y eso genera un movimiento civilizatorio que busca el perfeccionamiento y sostenibilidad de la libertad y los alcances de cada persona y la humanidad en su conjunto. **Junto con aspectos netamente negativos, hay también suficientes razones para cultivar una mirada agradecida y esperanzada de la vida pública y apelar a lo mejor del ser humano.** A nadie se engaña al instar a darse con generosidad y confianza al bien común: vivir en clave de entrega a los otros y no desde el cálculo utilitarista es la mejor vía para alcanzar la felicidad personal y el bien común. Todos estamos llamados a usar los nuevos medios de participación social

para tejer una conversación global sana y armónica que nos haga saber y actuar juntos. Es importante que desaprendamos aquello que nos lastra y que aprendamos juntos nuevas lógicas y lenguajes de lo público que expresan mejor la naturaleza humana.

[6] En las últimas décadas se han conseguido muchos logros y merece la pena una mirada agradecida, confiada y comprometida con el futuro.

Son muchos los avances que se han dado en el ámbito sociopolítico de nuestro país, nuestros entornos y el mundo. Los Objetivos de Desarrollo del Milenio han movilizad a cientos de millones de personas y multitud de instituciones para elevar los mínimos vitales de las zonas más precarias de los continentes. Aunque queda aún mucho por hacer para garantizar la vida en condiciones dignas, los logros son significativos. Las redes sociales han confirmado una opinión pública mundial que cada vez se moviliza más rápido y eficazmente, con capacidad para impulsar la política en la dirección de la solidaridad —como es el caso de la solidaridad con los refugiados sirios—. El aumento de la conciencia medioambiental en capas cada vez más extensas de la población mundial es otro signo que hay que agradecer. Sin duda hay que mencionar también el progresivo empoderamiento de las mujeres, su masiva participación plena en la vida pública y la erradicación de la violencia y represión contra ellas. La conciencia y esperanza despertada por el papa Francisco en todo el escenario mundial debe enseñarnos que hay grandes posibilidades de un giro por la humanidad si nos comprometemos con ella. Aunque en medio de nuevos terrores y destrucciones del XXI, **es justo agradecer los signos positivos y aprender de ellos para animarnos a seguir comprometidos.** Nadie debería quedar atrapado en melancolías del pasado ni para catastrofismos que causen inhibición, indiferencia, pasividad o impotencia. Siempre vale la pena trabajar por la humanidad. Tanto los pequeños compromisos con el cuidado de los otros y del medioambiente y los demás, como los grandes gestos son imprescindibles y siempre dan fruto. Nada del amor que se ponga fracasa: debemos entregarnos a crear *la sociedad de los cuidados*.

[7] Graves amenazas y la barbarie del siglo XXI nos demuestran que nuestro compromiso con el bien debe ser continuo

Pero junto con los logros positivos nuestra época sufre también grandes amenazas que España ha sufrido en su mismo corazón, tal como nos hacen recordar los atentados con que el *yihadismo* arrebató la vida a casi 200 personas en Madrid. La amenaza internacional no ha hecho sino crecer hasta intimidar a una

amplia franja del mundo, en la que está nuestro país. Eso nos lleva a la convicción de que los trabajos a favor de la paz, la tolerancia, la libertad y la democracia no deben cesar: no hay nada que esté conseguido para siempre, sino que requieren constante cultivo y defensa. **A la vez que la barbarie parece ganar terreno, existe un paradigma tecnocrático que se ha instalado en diferentes áreas de la vida social, económica y política**⁶. Resguardándose bajo aparentes razones técnicas, se privan de dimensión moral algunos aspectos en los que se está jugando con la vida de las personas. Así parece que la injusticia y la alienación quisieran ser escondidas con la máscara de decisiones puramente técnicas que quieren sustraerse de ser pensadas ni discernidas por la ciudadanía. Esa tentación o enmascaramiento tecnológico esconde opciones fundamentales que deben ser reflexionadas y moralmente elegidas por parte de personas y pueblos en los distintos ámbitos económicos, científicos, médicos, políticos o mediáticos. En el apartado de cuestiones negativas, sin duda la crisis económica desatada en el 2008 ha supuesto una enorme destrucción y la máxima preocupación de nuestro país. El mal persiste y arroja nuevas amenazas: la lucha contra ese mal comienza en el corazón de cada persona y nos exige unimos todos contra su daño. Los efectos perversos de la crisis aún no han sido vencidos ni superados, hay que perseverar en el trabajo continuo y eficaz contra ellos, porque todavía mucha gente lo está pasando mal.

[8] La crisis que padecemos es una crisis integral: de valores, ética profesional y cultura pública.

La larga crisis ha convulsionado a todas las sociedades hasta sus más profundos cimientos. Hay consenso en que se origina en el fraude los activos financieros tóxicos y la especulación inmobiliaria que se extendieron por todo el mundo desarrollado y crearon una catastrófica pérdida del patrimonio de hogares, instituciones y países. En España esa crisis se ahondó por el mal gobierno de importantes instituciones financieras y el uso indebido del erario público. Las crecientes desigualdades y la alta tasa de pobreza provocó también que las consecuencias de la crisis hayan cargado mucho más sobre los hombros de los trabajadores y quienes viven en mayor precariedad. Todo eso señala a que esta crisis no es solo financiera o laboral sino en su raíz hay una crisis de valores, ética profesional y cultura pública⁷. Las tensiones y deterioros de la crisis se han producido, por tanto, no solo en el terreno económico sino en el conjunto de la vida y espíritu del país, y ha golpeado a sus instituciones, comunidades y familias. **No solo se ha destruido empleo sino un enorme fondo cultural y tejido de la sociedad civil.** Es una crisis integral y sus efectos aún continúan pese a que los indicadores mejoren pues requiere una transformación radical de la vida pública.

6. PAPA FRANCISCO, *encíclica Laudato si' sobre el cuidado de nuestra casa común*, nn. 108-109.

7. Instrucción Pastoral *Iglesia, servidora de los pobres* (2015), c. 2.

[9] Ante la crisis ha habido muchas reacciones positivas de defensa de la dignidad humana, pero no han sido suficientes.

Las reacciones a esta crisis integral han sido diversas. Hay que apreciar las reacciones positivas como el enorme esfuerzo de las familias y los mayores, la respuesta de multitud de ONG —incluidas las muchas organizaciones de inspiración cristiana—, el gran aumento de las donaciones y el voluntariado, la sensibilidad de los medios de comunicación, las denuncias contra la corrupción, las reformas emprendidas por las instituciones para regenerarse, la incorporación de un gran conjunto nuevo y muy plural de ciudadanos a la acción política, las movilizaciones ciudadanas de indignación y reivindicación y en general la solidaridad ciudadana frente a las necesidades extremas de los hogares como es el caso de aquellos amenazados por desahucios. Es una realidad que en todos ellos los cristianos —inspirados por el saber social de la Iglesia— han estado intensamente comprometidos en colaboración con la diversidad de personas con distintas motivaciones pero un foco común: la defensa de la dignidad humana. Es cierto que **ha habido medidas que pese al esfuerzo realizado no han sido suficientes** y ha habido otras cuestiones en las que la solidaridad no ha estado a la altura de las circunstancias.

[10] La indignación es sana cuando no es destructiva e impulsa un nuevo modelo de desarrollo integral, sostenible y pacífico.

En muchos países la crisis ha tensionado la solidaridad, ha creado mucho daño social y personal y ha provocado una justa indignación. Ha habido personas de todas las edades, pero especialmente ha sido una nueva generación la que ha liderado esa indignación, ya que sobre los jóvenes la crisis se ha cebado con mayor fuerza —como muestran los insostenibles niveles de desempleo y el secuestro de parte de su futuro—. La crisis no es un accidente ni una fatalidad espontánea sino que ha sido el resultado de decisiones dolosas, desregulaciones interesadas, intenciones fraudulentas de un enriquecimiento ilícito y el cultivo de una ambición especuladora en un amplio sector de la población. Eso ha llevado a que una amplia mayoría de la población muestre su reproche, malestar y desconfianza hacia los responsables y ante quienes tenían la función de vigilar para que algo así no sucediera. El sentimiento de impotencia se ha extendido pues pese a que ha habido muchos juicios contra los responsables, abunda la convicción de que los últimos responsables se han beneficiado de la gran estafa global, que se han invisibilizado fácilmente y que carecemos de suficientes medios internacionales para que dicho mal no quede en la impunidad. Pero esa impotencia, **el desánimo y la desconfianza son efectos que deben ser curados para poder superar la propia crisis**. Los indignados son millones y en diferentes

países han ocupado espacios centrales de la vida pública. Pero la mejor indignación no queda solo en la protesta, sino que es la que se transforma en alternativas constructivas y pacíficas para construir un nuevo modelo de desarrollo integral sostenible y pacífico. Sin duda hay situaciones intolerables que necesitan cambios cualitativos, pero a la vez para que dichos cambios sean sostenibles debe reinar la prudencia y conseguir una equilibrada evolución de la sociedad que no provoque rupturas contraproducentes.

[11] La crisis tensiona, divide y puede ser usada para apelar a lo peor.

La crisis no solo ha vuelto a las mayorías sociales contra los responsables, sino que ha provocado tensiones en la estructura interior de las propias sociedades: tensiones entre distintos territorios, clases sociales, extranjeros y nacionales, el estamento político y la ciudadanía, diferentes generaciones, personas de distinta ideología, en la relación entre países de Europa, entre el Norte y el Sur, etc. Esas divisiones, con mayor o menor profundidad y basadas en aspiraciones más o menos justas, han sido causadas o ampliadas por esta crisis integral y estructural que sufrimos. Son desafíos que han puesto a prueba la propia identidad como país o la identidad moral de Europa. **La crisis puede proporcionar argumentos usados para apelar al egoísmo** de los países, los territorios o las personas y multiplican reproches que pueden hacer brotar xenofobia, odio social o confrontaciones de identidades. Debemos agradecer que en España no haya habido apenas reacciones contra nuestros conciudadanos inmigrantes y su integración haya continuado: ya forman parte de nosotros.

[12] Cuando más se necesita la política, esta carece de la suficiente confianza por parte de la ciudadanía

Si estamos ante una gran crisis integral entonces es necesaria la gran política, aquella capaz de liderar a la sociedad, convocar los esfuerzos y deseos de la gente, generar procesos colectivos transformadores y dirigir al bien común. Pero precisamente cuando la política resulta más necesaria, nos encontramos con que muchas formas convencionales de ejercer la política han perdido credibilidad social. Abusos y corrupciones han creado una crisis de legitimidad y confianza que es urgente rehabilitar. El comportamiento político que ha predominado en las últimas décadas en los países occidentales ha dado demasiadas muestras de democracia formal, juego partidista y respuestas meramente tecnocráticas. **Hay un vacío de sentido colectivo y liderazgos morales que visibilicen el espíritu que nos une.** Eso ha permitido y agravado la crisis y ha discapacitado a la sociedad para hacer frente al deterioro de la vida económica y pública. La frustración ante la crisis ha cargado a la población con un malestar que ha golpeado contra todas las instancias públicas. La clase política y los partidos políticos han llegado a convertirse en el tercer problema más importante

para los españoles (lo señalaban el 11,5% de los entrevistados en julio de 2013), solo por detrás del paro y de la corrupción y el fraude. En julio de 2008 ocupaba la octava posición, con un 2%. Es evidente que los casos de corrupción han jugado un papel fundamental en este deterioro tan acusado de la valoración de los políticos y la política por parte de los ciudadanos.

[13] Diversos procesos de deterioro han marcado una exigente demanda de mayor calidad en las instituciones políticas.

En la opinión pública se han ido expresando distintas razones de la desconfianza. (1) En primer lugar, las elites de la sociedad y muy especialmente las políticas no satisfacen las necesidades de cambios cualitativos. La gente pierde la paciencia porque las transformaciones necesarias no se acometen de forma eficaz y parece que los corruptos siempre tienen medios para engañar que superan a los que pone la política. Hay promesas incumplidas y aspiraciones desengañadas. (2) En segundo lugar, eso hace perder la confianza en que los servidores públicos estén realmente al servicio del pueblo o de otros con medios para enriquecerles indebidamente. La colisión de intereses entre parte de la élite política y de la élite financiera constituye un claro factor de desmoralización ciudadana y de debilitamiento del principio democrático de representación y defensa de los intereses de los ciudadanos. (3) En tercer lugar, hay consenso en que las organizaciones partidarias son excesivamente partidistas y con frecuencia por buscar rédito electoral sacrifican la búsqueda de consensos básicos transversales sobre aspectos tan fundamentales como la educación, la integración de los extranjeros, la sanidad, la inclusión social de los vulnerables, la cooperación internacional o la solidaridad territorial. Por el contrario, **no solo no se han buscado acuerdos transpartidarios, sino que se politizaron partidariamente muchos ámbitos que debían funcionar con autonomía y profesionalidad.** La destrucción de las cajas de ahorros o las sospechas que afectan a medios de comunicación, instancias de la justicia, consejos de distinta índole o fundaciones nos muestran que es necesario abandonar la política de bajura y exigir una gran política de altura. La ciudadanía exige una mejora de la calidad de los partidos políticos, los parlamentos y el conjunto de instituciones del Estado. La degradación de las instituciones políticas y especialmente los partidos políticos explica que como sociedad no hayamos tenido la capacidad de prevenir y responder mejor a la crisis. De ahí que «la crisis no debe ser aprovechada para favorecer fines partidistas o electorales convirtiendo en argumentos de lucha política lo que habría de afrontarse mediante un esfuerzo compartido en busca del bienestar general. Ni los intereses de partido ni la rigidez de las ideologías tienen que prevalecer sobre aquello que aparezca como más provechoso para el bien común. Esta es la verdadera política que honra a quien la promueve y gana la confianza del pueblo»⁸.

8. Instrucción Pastoral sobre *Los católicos en la vida pública*, n. 35.

[14] Regenerar la vida pública requiere regenerar el modelo de persona que fomenta la sociedad.

El modelo político refleja siempre el modelo de persona en que se cree. La politología de una sociedad reposa siempre sobre una antropología. Por eso, cuando la misión es la reconstrucción sociopolítica de una sociedad, hay que reconstruir el modelo de persona que fomentamos. No hay política honesta sin personas honestas que la ejerzan. Todas las soluciones remiten a una mejora del modelo de ciudadano y persona. **Regenerar la vida pública necesita que las personas regeneremos nuestra vida personal** en los ámbitos íntimos y en nuestra participación en la vida comunitaria, económica y cívica. La democracia es sostenible si la cultura fomenta personas abiertas, comunitarias, solidarias, participativas, entregadas a los otros y que trasciendan sus límites. Es preciso cultivar las virtudes personales y públicas como sustrato para hacer la democracia sostenible. El desarrollo de esas virtudes necesita de una labor más profunda de formación en las familias, los centros educativos —desde la infancia hasta la enseñanza superior—, la colaboración de los medios de comunicación, un papel mucho más extenso de las asociaciones y colectivos ciudadanos, así como el mundo de la cultura y también, cómo no, las religiones.

[15] Hay que ahondar en la renovación de la sociedad y la cultura creando redes, redescubriendo valores y regenerando instituciones.

La ciudadanía se encuentra ante un desafío de tal envergadura que superarlo requiere aumentar la participación social e intensificar los compromisos familiares, comunitarios, cívicos, profesionales, institucionales y políticos. Ya se han producido procesos en dirección a ese mayor compromiso. La creciente pluralidad política expresa un mayor caudal de participación en la vida política y hay una exigencia de renovación radical de los partidos políticos que éstos tratan de implementar. Pero no solo los partidos políticos, sino que esta crisis sistémica ha inducido una profunda renovación: todas las instituciones hemos sido exhortadas a mejorar nuestras prácticas, ser más transparentes y reformarnos para ponernos mejor al servicio de la gente y especialmente de quienes más sufren. **Las crisis pueden debilitar a las sociedades en largas y lánguidas decadencias o, en cambio, pueden ser un punto de inflexión para mejorar como pueblo.** Superar la crisis y ser mejores de lo que éramos requiere que todos nos comprometamos en recrear redes, redescubrir valores y regenerar instituciones de nuestra Casa Común. Eso no será posible sin una transformación de la cultura pública, la sociedad civil y la ética profesional. Si se ha dado una situación de alejamiento y deslealtad de la política es porque hay una ciudadanía que no

asume suficientemente y de manera organizada se responsabiliza frente a esa situación. Hay un grave problema con la política y con los políticos, pero hay también un grave problema de cultura política y este nos afecta a todos como ciudadanos personalmente y como sociedad colectivamente. Es precisa una reconstrucción de la sociedad desde las raíces sociales, culturales e institucionales de la vida pública.

[16] *El modelo de la Sociedad de los Cuidados permite ir al Estado de Bienestar hacia el Desarrollo Humano Integral.*

El propio modelo de bienestar debe evolucionar para hacer frente a los desafíos financieros, culturales y políticos que se presentan ante nuestras sociedades. Al respecto, el modelo de la Sociedad de los Cuidados ha ido emergiendo desde muchos lugares, experiencias e innovaciones. De hecho, es evidente que se ha generado una nueva semántica sociopolítica y socioeconómica que nos habla de conceptos como *Aprendizaje colaborativo*, *Códigos abiertos*, *Colaboratorios*, *Co-Working*, *Creative Commons*, *Cultura digital*, *Diversidad funcional*, *Familias activas*, *Hospitalidad*, *Inteligencia multitudinaria*, *Mixculturalidad*, *Moneda social*, *P2P*, *Procomunes*, *Prosumidores*, *Sharing cities*, *Urbanismo afectivo*, *Vida Lenta —Slow Movement—*, y un largo etc. La Sociedad de los Cuidados constituye un sujeto colectivo más inclusivo, activo y responsable para la comunidad política, articulado desde el principio de subsidiaridad y gestión cooperativa entre Administraciones y sociedad civil, profesional y empresarial. Aunque impulsa grandes redes y procesos globales, actúa especialmente desde la escala de la persona, la familia y la vecindad. La Sociedad de los Cuidados busca activar a todos los ciudadanos para que participen en la creación social y cultural, y por eso la inclusión social no es solo una cuestión de justicia sino de sostenibilidad. En segundo lugar, la Sociedad de los Cuidados pone como horizonte el cuidado y custodia de la vida y libertad de las personas humanas en primer lugar y extiende esa ética del cuidado a las familias, comunidades, culturas, todos los bienes comunes y el conjunto del medio ambiente y planeta. Se custodia lo local y lo plural a la vez que lo universal y planetario. Se relaciona con otros países no solo desde la cooperación, sino desde el principio de mancomunidad (mediterránea, latinoamericana, etc.). En tercer lugar, la Sociedad de los Cuidados modifica el régimen de gobernanza introduciendo un modelo de participación, autogestión —y concertación o partenariados con la Administración— y transparencia. Las nuevas tecnologías permiten ya el ejercicio de una ciudadanía inteligente cuyas dinámicas sean generadas desde la sociedad civil. Especialmente se busca defender a la ciudadanía frente a la creciente tecnocracia que parece legitimar muy cuestionables acciones públicas y esconde a sus decisores y beneficiarios reales. La Ciudad de los Cuidados no es tecnófoba ni contradice la idea de *smart-city*, pero sí integra y supera el modelo incorporando las perspectivas de la custodia de la dignidad humana, la gobernanza democrática y el servicio al Desarrollo Humano Integral.

III. Recrear redes

[17] *La salud de la vida pública se juega en que el país se dote de una sociedad civil más densa y dinámica.*

Las destrucciones, desigualdades y divisiones que ha causado la crisis necesitan de nuevas redes de convivencia y cooperación que sanen y recreen el tejido de la comunidad. La opinión pública ha señalado a las elites políticas y financieras como los principales responsables de la catástrofe económica y pública. Y siendo cierto que en ellas reside la mayor responsabilidad, es cierto que los procesos de deterioro han sido posibles por una cultura pública pobre, previa a la crisis. Tras la crisis, aunque ha habido nuevas iniciativas solidarias y cívicas, también se ha destruido tejido de la sociedad civil. Según el informe FOESSA de 2014 durante la crisis la ya débil tasa asociativa descendió en un 25%. En Europa hay un 42% de personas afiliadas a alguna asociación y en España se ha reducido al 29,4%. En cambio, en Dinamarca la cifra de personas que participan en asociaciones es del 91,7% y también lo hacen un 82,8% de suecos y el 79,5% de la ciudadanía de los Países Bajos. El 74,5% de los españoles nunca ha participado en una actividad colectiva en beneficio de la comunidad. La calidad de la opinión pública también requiere mejoras sustanciales si queremos superar las duras pruebas que tenemos ante nosotros. Según la *Encuesta Valores y Visiones del Mundo* (BBVA, 2013), en Europa un 35,5% de ciudadanos lee el periódico diariamente: en España desciende al 31,9%, muy lejos del 71,6% de los suecos. Un 22% de europeos nunca lee la prensa y en España dicho porcentaje se eleva al 34,2. En Suecia son un 4,4%. La opinión pública española necesita reforzarse y la sociedad civil española aún es débil y desigual. **La gran energía comunitaria de las familias, redes de amigos y vecindades que caracteriza a nuestro país no se proyecta a una sociedad civil también densa y dinámica.** Eso impide que la riqueza comunitaria española de las bases se comunique a las instituciones que gobiernan lo alto de la pirámide política: falta cuerpo social intermedio y sus correspondientes liderazgos intermedios.

[18] *Las familias y el espíritu de familia es la piedra clave para reconstruir la sociedad.*

Para reformar, regenerar y transformar la política es preciso asentar mejores bases y hacerlo desde una perspectiva global y aplicando las innovaciones que se están produciendo. La construcción comienza en las relaciones comunitarias. En la base de toda la sociedad está la familia, que es la «célula primera y vital de la sociedad»⁹. Las familias han sido la única institución que no solo ha mantenido

9. JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica Familiaris consortio*, n. 42; cf. san Juan XXIII, encíclica *Pacem in terris*, n. 16.

los niveles de valoración de la población española sino que han aumentado. Es bien conocido por los españoles el enorme esfuerzo realizado por cada familia en solidaridad con todos los miembros de la misma que se encontraron en desempleo. Los hogares se estrecharon para acoger a miembros que perdieron sus viviendas, cientos de miles de hogares han vivido apoyados solo en la pensión de los abuelos, las familias han dado soporte económico y emocional a los millones de personas desempleadas y sus hogares. La familia ha sabido ser de nuevo el colchón de la gente ante la crisis. Sin la familia la sociedad española de la crisis se hubiera hecho inviable y se hubiera colapsado social y políticamente. Pero la familia lo ha hecho tras haberse debilitado a lo largo de muchos años. Si queremos reconstruir la sociedad es preciso fortalecer las familias en su solidaridad interna y en su participación en las instituciones de la sociedad. Es preciso encontrarnos distintas ideologías y confesiones para establecer un gran consenso para el reconocimiento, protección y promoción de las familias. La familia es la primera comunidad de la sociedad civil y la sociedad necesita beber en su fuente el espíritu de fraternidad, la solidaridad intergeneracional, su ética del cuidado, la inclusión de los más débiles y dependientes, la acogida de la vida, el amor incondicional o la sabiduría de los misterios de la vida y sus límites. Sin familias y sin el espíritu de familia no hay sociedad humana ni democracia sostenible. El compromiso familiar de una generación con la anterior y la siguiente es crucial para el sostenimiento de la civilización. San Juan XXIII señalaba a la familia como *energía de la ciudadanía*: «Cada familia, de hecho, fundada sobre el servicio, el respeto mutuo y respeto a Dios es fortaleza y solidez de las villas, ciudades, naciones; es núcleo y fundamento de todas las virtudes, defensa contra los riesgos de corrupción, recurso de una energía sana y siempre nueva para el bienestar de las personas y de la ciudadanía»¹⁰. **Como dijo Juan Pablo II, la familia es escuela de ciudadanía** porque «de la familia nacen los ciudadanos, y estos encuentran en ella la primera escuela de esas virtudes sociales, que son el alma de la vida y del desarrollo de la sociedad misma»¹¹. Esto no es, por supuesto, algo exclusivo de la tradición cristiana, sino que la familia es patrimonio de toda la humanidad y como humanidad debemos cuidarla y fomentarla.

**[19] Recuperar los vecindarios
y los espacios de proximidad.**

Es necesario recuperar los barrios y las relaciones solidarias de proximidad. Eso afecta a los propios modelos de urbanización y la necesidad de aplicar aquellos que favorecen el encuentro, la convivencia y la cooperación entre los vecinos. Recuperar los barrios también exige que en la Iglesia católica revitalicemos las parroquias, las sepamos hacer casa acogedora y plataforma para colaborar en-

10. JUAN XXIII, *Messaggio in occasione della solennità della Sacra Famiglia*, 11 de enero de 1959.

11. JUAN PABLO II, *exhortación apostólica Familiaris consortio*, n. 42.

tre todos quienes quieran trabajar por la humanidad y celebrarlo. La creación de espacios de todos y para todos es fundamental, pues en las últimas décadas ha crecido la tendencia a privatizar espacios exclusivos y excluyentes que segregan a la ciudadanía y hacen perder oportunidades para que se relacionen pluralmente personas de distintas clases sociales, orígenes o estilos de vida. Al contrario de encerrarse en espacios segregados por clase social, etnia, nacionalidad, idioma, ideología, credo o estilo de vida, **es necesario tener una experiencia permanente de convivencia y cooperación con gente diversa. Contra la ideología de la desconexión es urgente la sabiduría de la vecindad.** Si no se crea una convivencia suficientemente plural entre la ciudadanía la sociedad se segmenta y favorece la desconfianza, los prejuicios y la exclusión social. Las redes sociales favorecen esa convivencia plural pero su uso adecuado necesita respeto, tolerancia, escucha, empatía, reconocimiento y disposición a aprender del otro y crear juntos. Especialmente importante es la convivencia entre las personas nacidas en España y personas de origen extranjero de nuestro país. Es necesario crear juntos una cultura pública: nadie se siente perteneciente a una cultura que no ha contribuido a crear o no recoja de algún modo su identidad como contribución para todos. Esa cultura de tolerancia en las formas de relacionarnos es clave para sanear una vida pública española a veces demasiado dividida por la hostilidad de clase, partido, ideología, territorio o religión.

[20] Una llamada general a la participación intensa en la ciudadanía, la política y la cultura.

Entre los muchos aspectos, queremos señalar la importancia de que nos activemos como ciudadanos y personalmente, en familia y en grupos nos animemos a participar mucho más en la vida pública a través de asociaciones de todo tipo, redes sociales, iniciativas culturales, movimientos, sindicatos y partidos políticos. La intensificación de la participación es una de las claves más importantes de nuestra época y es preciso que cada persona examine si puede hacer mayor o mejor su compromiso¹². No se limita solo a donar recursos o a emplear algunas horas, sino que es necesario un compromiso mucho más integral en las causas más importantes de nuestro tiempo. Algunos podrán comprometerse informándose mejor, interactuando con otros, creando opinión, simpatizando, mostrando apoyo, animando o rezando. Quienes sus condiciones les permiten un compromiso más activo y material están en la obligación moral de participar. No basta con un asociacionismo formal y no participativo. **Es preciso contar con muchas más personas trabajando en la creación de los bienes comunes** de las ciudades, en los proyectos de todo tipo, a todas las causas justas y en todo ámbito territorial, en la creatividad cultural y artística, dispuestos al ejercicio de todo tipo de respon-

12. Constitución pastoral *Gaudium et spes*, n. 75.

sabilidades públicas. Es necesario que seamos más emprendedores y generemos redes que hagan esa sociedad civil más densa. Esa sociedad contará con grupos que apoyen a los responsables políticos y que no estén solos, sino que cuenten con raíces en la comunidad. No solo es necesario participar en la vida pública, sino hacerlo con otros. Y eso es especialmente importante en el ámbito de los partidos, donde contar con grupos para reflexionar y apoyar la experiencia ayudará a animar en la relación con el poder y a no perder la fidelidad al origen en los complejos mundos de la política.

[21] Especial esfuerzo por superar las exclusiones de la participación social en los colectivos más vulnerables.

Lamentablemente todavía hay grandes desigualdades respecto a las oportunidades de participación social y se deben retirar los obstáculos que la impiden o discriminan. La pobreza marca fuertes desigualdades de participación. Según descubrimos en el 7.º Informe FOESSA, una persona que en España viva en una zona marginal tiene un 31% menos de probabilidades de acceder a prensa, el 58% menos de acceso a redes sociales y la mitad de probabilidades de ser miembro activo de una asociación. Desde 2007 a 2013 ha aumentado un 21% el porcentaje de personas pobres que no son miembros de ninguna asociación. **Es preciso aumentar las opciones reales de participación en la vida pública de las personas en exclusión social**, los mayores, la población rural, las personas inmigrantes o refugiadas y aquellos que pertenecen a minorías étnicas. Especialmente importante es comprometernos y esforzarnos en alcanzar una plena participación de la mujer en todos los ámbitos y liderazgos de la vida pública y profesional. También los niños tienen que poder expresar en mayor medida su voz en aquellos asuntos que les afectan. Finalmente no podemos olvidarnos de las personas con discapacidades o diversidades funcionales, cuya participación social está muy lejos de lo que exigen sus derechos como ciudadanos. Su participación no es solo un deber, sino que lo que es muchas veces visto como discapacidad es también una diversidad que enriquece la sensibilidad de la razón pública.

[22] Recrear espacios de encuentro y diálogo.

Especialmente más importante que nunca es recrear redes y espacios de encuentro y diálogo sobre los problemas y proyectos comunes en los que se pueda debatir y llegar a acuerdos entre las distintas perspectivas que forman parte de nuestra sociedad. Al igual que durante la Transición, es un reto y un objetivo en el que todos estamos implicados y al que todos estamos convocados. Pero solo podremos hacerle frente de manera justa y eficaz si hay un verdadero fortalecimiento de la cultura democrática y ciudadana. Dos son las condiciones de posibilidad de este fortalecimiento: la formación y la experiencia, ambas inex-

tricablemente unidas. **En el fortalecimiento de la cultura democrática desempeñan un papel fundamental las experiencias vitales y reiteradas de participación comunitaria** en temas concretos ligados a los territorios. Recrear redes es crear esos espacios que acojan el hogar colectivo de nuestra Casa Común.

[23] Intensificar nuestro compromiso como ciudadanos globales en Europa, el Mediterráneo y otras comunidades internacionales

Un reto de nuestra cultura política consiste en ser ciudadanos más universalistas, conscientes de que también somos actores en una sociedad global. Hay varios ámbitos en los que los españoles debemos intensificar nuestro compromiso. No solo requiere mejores políticas sino una mayor conciencia ciudadana y nuestra implicación personal en la sociedad civil europea, mediterránea, latina y global. En primer lugar, la crisis que sufre Europa está causada principalmente por las respuestas particularistas e insolidarias frente a los problemas de la crisis económica y los conflictos internacionales. Las respuestas no pueden estar basadas en último término en decisiones tecnocráticas sino que requieren una auténtica política a la altura del problema y que se adentre en las raíces de las causas. El déficit de liderazgos morales en el continente y de una sociedad civil europea más activa conduce a que se multipliquen reacciones con vertientes racistas, excluyentes o insolidarias. **Es bueno comprometernos en un nuevo ciclo de Europeísmo** que comprenda que la solidaridad es la clave de la sostenibilidad y del desarrollo de Europa y cada uno de sus miembros.

Además, España pertenece a una comunidad latina que no solo habita la mayor parte de las Américas sino que ya se extiende por todo el planeta. **En esa comunidad latina España aprende, comparte y fomenta la lengua y cultura común que une** a pueblos y gentes de todos los continentes. Pese a las turbulencias geopolíticas, España ha de comprometerse más en rehabilitar y desarrollar también especialmente la comunidad mediterránea que nos une al Medio Oriente y el continente africano. Esa comunidad contempla cómo el Mediterráneo se ha convertido en la «zona cero» de uno de los más graves dramas que actualmente sufre la Humanidad. El papel de España es crucial como frontera y requiere que toda la ciudadanía tome mayor conciencia y acreciente su espíritu de hospitalidad y solidaridad. **El papel de España en el desarrollo de los países del Mediterráneo y toda África debe intensificarse**, no podemos vivir de espaldas al Sur, y ahí nos jugamos gran parte de la globalización que necesita nuestro país. Estas llamadas no consisten solo en medidas políticas, sino que prosperan si se basan en el sentir y querer de los ciudadanos.

Los extranjeros que, procedentes de casi todos los países del planeta, residen en nuestro país tienen un papel crucial en la formación de nuestra conciencia

mundialista y la internacionalización de España. Además de sus vidas, familias y capacidades para desarrollar nuestro país, traen consigo las culturas y visiones de sus países de origen que nos hacen más cosmopolitas. **Los inmigrantes nos ayudan positivamente a establecer vínculos transnacionales** y emprender iniciativas que hagan de España un actor global relevante. Tampoco podemos olvidar que, aunque involuntariamente, **la crisis ha dispersado una diáspora de españoles muy valiosos —especialmente jóvenes— por muchos países** y, además de preocuparnos y ocuparnos por su pronto retorno, hay que agradecerles el sobreesfuerzo que hacen por su futuro, que con seguridad revertirá en el progreso de todos.

No podemos olvidarnos de los nuevos espacios internacionales que se abren a la participación de los españoles aunque los lazos históricos no han sido tan densos como con otras regiones del mundo. Sin embargo, la interacción con la Europa del Este, Asia y el África subsahariana no ha dejado de crecer; decenas de miles de sus ciudadanos viven en nuestro país y el intercambio económico y cultural no cesa de crecer. Además de la interacción con las diferentes regiones del planeta, es imprescindible el compromiso sociopolítico con los organismos internacionales y la construcción de una sociedad civil y opinión pública mundiales. La gobernanza de los problemas globales requiere herramientas políticas mundiales. **Toda esta mirada universalista en los distintos ámbitos es crucial para poder comprendernos a nosotros mismos y enriquecer nuestra cultura política** en el mundo actual.

IV. Redescubrir valores

Las crisis con las que convivimos han sido en un contexto en el cual mucha gente ha redescubierto valores que habían sido marginados. Las crisis económica y política que padecemos tienen su última causa en la falta de valores. Solo un rearme ético permite construir un modelo que no vaya a repetir tales errores. La sociedad debe hacerse con los medios para formar en dichos valores y ayudar a su interiorización continua en toda la población y, especialmente, entre los jóvenes.

[24] Una vida sencilla nos hace más libres de la corrupción y la ambición injusta.

El modelo económico imperante impulsa a un consumismo progresivo e inviable y a una épica de la ostentación que convierte a algunas figuras en referencias y celebridades. Ese consumismo hace entrar en una carrera que solo puede ser sostenida por un enriquecimiento ilícito o la especulación con los bienes inmuebles o financieros. Esa tentación no solo se dio entre personas con fortunas, sino que caló en la sociedad hasta las clases medias y desenfocó al pueblo

respecto a cuáles era los objetivos que debíamos perseguir como país. El modelo económico ha ido haciendo crecer una desigualdad que en cierto punto hizo olvidar la búsqueda de la justa igualdad como un horizonte común. **El periodo que sufrimos ha hecho que muchos redescubran el valor de la vida sencilla y desenmascaren los trucos comerciales que buscan que vivamos arrastrados por el consumismo.** Aquella nociva ambición está en la base de muchos de los problemas de nuestra sociedad como el fraude fiscal o la corrupción económica. La solidaridad comienza por ser justos en la aportación fiscal a la Casa Común y por no robar sus bienes. No son solo grandes corrupciones las que empobrecen la Casa Común sino los pequeños fraudes, los hábitos de no facturar, la tolerancia frente a los ingresos no declarados, los enchufes para conseguir trabajos o privilegios, el acceso indebido a casas de protección o el acceso a prebendas o a información privilegiada de los que no pocas veces se hace incluso ostentación en ámbitos familiares o amicales. Reconstruir nuestra sociedad exige una conversión ética en esos comportamientos ordinarios y personales, así como una decidida apuesta por el Comercio Justo y la economía social y sostenible. Una vida sencilla nos hace más libres como individuos, como familias y como sociedad.

*[25] Aprender con tolerancia a dialogar
y discernir juntos lo político.*

Ya hemos mencionado la importancia de la tolerancia cívica a las diferentes opiniones. No es posible crear una opinión pública madura si no existe suficiente reconocimiento de la diversidad. No será posible que se prodigue el encuentro y el diálogo si no somos capaces de ser más acogedores con el diferente, practiquemos la escucha activa, sabemos aprender del otro, cambiar nuestras opiniones cuando hay razones, mostrar respeto y a la vez saber disentir sin que suponga una ruptura de la relación, Debemos aprender a no estar de acuerdo, valorar las razones legítimas del otro y continuar conviviendo. Los ciudadanos protestan de que en política o en los medios de comunicación unos no se escuchan a los otros. No están preocupados por hallar la verdad sino por prevalecer y mostrar el poder y prestigio de imponer los propios argumentos. Nuestro país ha asistido a una tensión de la conversación pública, saturada de reproches. Sin duda se han producido hechos que motivan la queja y suspicacia, pero eso no se debe extender en todas direcciones. La descalificación del otro o de todo un colectivo parece tener rédito electoral y eso, pese a que parezca que empodera, en realidad empobrece la vida pública. No se trata de prevalecer, sino de valorar crítica y justamente pero también compasivamente. Es en la vida cotidiana donde esos hábitos deben ser corregidos. Es fundamental escuchar al otro, humilde y atentamente. No quedarse en la superficialidad sino comprender las motivaciones profundas. **Es en lo profundo donde podremos encontrar consensos y no en transacciones de mero poder.** La sociedad debe recuperar el gusto por conversar y debatir en los grupos de amigos, compañeros o familias sobre temas políticos sin que eso enfade, cause

tensiones, desencuentros o agrie la convivencia. Las personas creen que un mismo objetivo se puede conseguir por caminos diferentes, hacen diagnósticos distintos de cuál es el problema principal, aplican unos u otros estilos y lenguajes. Solo con el concurso de toda esa variedad lograremos dar con las soluciones más justas y eficaces. Y solo mediante la formación de comunidades de conversación se logra ir descubriendo las claves. Es necesario que, en los grupos cotidianos y en los foros públicos aprendamos a discernir comunitariamente. Es en lo profundo donde podremos encontrar consensos y no en las transacciones de mero poder.

[26] *La «laicidad positiva» es imprescindible y no hiere la libertad*

Las ideologías tienen su función pero debemos ser realistas y no absolutizarlas. Las ideologías cumplen el importante de articular un cuerpo de ideas políticas. Hay que ponerlas en diálogo con otros marcos y experiencias de sabiduría. Sobre todo no deben deformar y ocultarnos la relación con la realidad y la alteridad. Como dice el papa Francisco, «*la realidad es más importante que la idea*»¹³. Los desafíos que enfrentamos son de tal magnitud que la sociedad necesita de la participación de todas las comunidades de sabiduría que ha ido formando a lo largo del tiempo. Sin que ninguna comunidad particular monopolice el espacio común, debemos mejorar la participación honesta y convivencia respetuosa entre todas las comunidades de sentido, incluidas las religiosas. Hace diez años la Conferencia Episcopal Española sostuvo que el cometido de «la aconfesionalidad sancionada por la Constitución de 1978 y la laicidad de las instituciones civiles es proteger y favorecer el ejercicio de la libertad religiosa, como parte primordial del bien común y de los derechos civiles de los ciudadanos, que el Estado y las diversas instituciones políticas tienen que respetar y promover. Un Estado laico, verdaderamente democrático, es aquel que valora la libertad religiosa como un elemento fundamental del bien común, digno de respeto y protección»¹⁴. **Esa laicidad inclusiva o «positiva»** (como la llama el Tribunal Constitucional español) **nos hace capaces de convivir** con la presencia de las distintas comunidades de sentido que se expresan en la vida pública. Con el papa emérito Benedicto, creemos sinceramente que «la exclusión de la religión del ámbito público, así como el fundamentalismo religioso impiden el encuentro entre las personas y su colaboración para el progreso de la humanidad. La vida pública se empobrece de motivaciones y la política adquiere un aspecto opresor y agresivo»¹⁵. Y que, al contrario, superando la tentación de expulsar de la vida pública la diversidad, la expresión de la pluralidad nos pone en mejores condiciones para superar las incertidumbres

13. PAPA FRANCISCO, exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, nn. 231-232.

14. LXXXVIII ASAMBLEA PLENARIA DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Instrucción pastoral Orientaciones morales sobre la situación actual de España* de 23 de noviembre de 2006, n. 62.

15. BENEDICTO XVI, *encíclica Caritas in veritate*, n. 56.

y las reacciones ideológicas o tecnocráticas que lesionan lo humano. Las heridas del pasado aún hacen arrastrar suspicacias o posicionamientos excluyentes y tenemos que aprender mucho más sobre el respeto al otro y la expresión de nuestras convicciones de modo que no se hiera la libertad. Al celebrar el medio siglo de la declaración conciliar *Dignitatis humanae* sobre la libertad religiosa, pensando en el mayor bien de la sociedad española, creemos que debemos agradecer y potenciar «el espíritu constitucional» que conjuga «separación» de las entidades religiosas y el Estado y «neutralidad» de los poderes públicos ante el acto de fe (no indiferencia y mucho menos desprecio ante el fenómeno religioso) con «cooperación», la cual ordena a los poderes públicos «tener en cuenta las creencias religiosas presentes en la sociedad y mantener relaciones de cooperación con la Iglesia católica y las demás confesiones». Sería un gravísimo error; cuando se anuncian reformas constitucionales, dilapidar este gran patrimonio con el que estamos adecuadamente preparados para afrontar los enormes retos del pluralismo y la diversidad.

[27] *El cultivo de la profundidad
y el verdadero saber en política.*

El discernimiento público nos permite descubrir el valor de cada cosa y dónde está lo más valioso. La política no es solo negociación y transacción, cálculo de costes en sondeos y marketing mediático. Sin reflexión no hay buena política. Quizás gran parte de los problemas han sido causados por la superficialidad. Otro de los valores que la sociedad ha redescubierto es el de la profundidad y el rechazo a la frivolidad en lo importante. **No pocos problemas ha ocasionado la falta de preparación profesional de quienes han sido elegidos o contratados como responsables del bien público.** No pocas veces responsables políticos hacen ostentación de no saber nada de aquel área de la que han sido hechos responsables. En política hay que valorar mucho más el conocimiento profundo de las cuestiones, el papel de los expertos, la medición de los resultados, el valor de los métodos y no solo de los impactos mediáticos. Necesitamos mayor profundidad en los políticos y en los ciudadanos sociopolíticamente comprometidos. El valor de leer, escuchar y preguntar; estudiar; valorar en toda su hondura las cosas, es fundamental no solo para dominar la materia en la que se debe opinar o decidir. También es importante para poder tener los comportamientos que son típicos de las personas profundas: respeto, curiosidad, complejidad, sutilidad, imaginación, innovación, miradas integrales y una gran valoración de las capas más profundas de la existencia y la condición humana. Esa sabiduría es indispensable en los responsables públicos que deben decidir sobre cuestiones tan graves y delicadas. Sin duda esto comienza ya en las etapas más jóvenes, en las secciones juveniles de los partidos y organizaciones sociopolíticas, en las que se debe facilitar una formación rigurosa y profunda de las personas para poder contar con el tipo de responsable público que el mundo necesita. Para todo ello será clave que haya una interacción

constante con la ciudadanía y con los expertos en los distintos campos de la vida y el saber. Solo con tolerancia y profundidad se dan las condiciones para que sea posible la deliberación pública.

[28] *Defensa y cuidado de los Bienes Comunes.*

El papa Francisco nos dice que «el todo es superior a la parte»¹⁶: sin visión y compromiso con lo común uno no puede realmente ser libre ni feliz. El aprecio por el interés común y el bien público es otro de los valores que se ha redescubierto. Es más, «desear el bien común y esforzarse por él es exigencia de justicia y caridad. Trabajar por el bien común es cuidar, por un lado, y utilizar, por otro, ese conjunto de instituciones que estructuran jurídica, civil, política y culturalmente la vida social, que se configura así como pólis, como ciudad. Se ama al prójimo tanto más eficazmente, cuanto más se trabaja por un bien común que responda también a sus necesidades reales. Todo cristiano está llamado a esta caridad, según su vocación y sus posibilidades de incidir en la pólis. Ésta es la vía institucional —también política, podríamos decir— de la caridad, no menos cualificada e incisiva de lo que pueda ser la caridad que encuentra directamente al prójimo fuera de las mediaciones institucionales de la pólis»¹⁷. Una sociedad avanza de verdad cuando todos avanzan igualmente con ella. Se ha extendido la lógica de los Bienes Comunes que trata de dar medios y capacidades al conjunto de la sociedad para su libre uso. El agua, la energía, los alimentos, los espacios urbanos o naturales, el saber y la cultura o la información son algunos de los bienes comunes que las comunidades tratan de garantizar mediante su provisión libre y segura. Más allá de los Bienes Comunes o la Comunidad de Bienes, hay un progresivo aprecio por lo público. Creado por agencias del Estado o concertados con organizaciones ciudadanas, los servicios orientados al bien común deben tener un acceso cada vez más asegurado, una calidad creciente y un apoyo con medios suficientes. El aprecio de lo público no significa que todo deba ser siempre hecho por la Administración. **La sociedad pide cada vez más poder corresponsabilizarse y autogestionar muchos bienes comunitariamente** mediante conciertos, partenariados o soluciones cooperativas. La participación de las organizaciones ciudadanas y el Tercer Sector es deseable siempre que se asegure que dichas organizaciones tienen como interés superior el cumplimiento de ese servicio y que lo hacen con calidad y respeto de la ley. El aprecio del bien común es también cuidado de los bienes comunes. No solo implica que no haya la tentación de apropiarse de bienes o dinero que son de todos, sino que se busquen los contratos o colaboraciones que más benefician al Común y que la ciudadanía cuide de los recursos, instalaciones o medios. A la vez, el interés por el Bien Común requie-

16. PAPA FRANCISCO, exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, nn. 234-237.

17. BENEDICTO XVI, encíclica *Caritas in veritate*, n. 7

re también reconocimiento y cuidado de las minorías y los bienes de su comunidad, que son parte valiosa de la diversidad de todos.

[29] *La ciudadanía reclama métodos de buen gobierno para la participación y corresponsabilidad.*

Como dice el papa Francisco, «el tiempo es superior al espacio»¹⁸: tienen más importancia los tiempos y procesos que forman dinamismos duraderos. La participación es un valor redescubierto como fundamental y es una de las claves de esta reflexión. Una participación activa e implicada en la vida pública es la condición principal para superar las dificultades que nos han dañado y amenazan. En sociedades tan complejas y tan multitudinarias, siempre aparece la tentación de querer conducir a la sociedad solo desde las elites. Se corre el riesgo de querer transformar un país logrando la posesión de medios de comunicación y el concierto de un conjunto de elites políticas, económicas y sociales. Dichos cambios al final se toman insostenibles porque no ha habido una verdadera transformación de las bases. **Solo las transformaciones en profundidad desde las bases de la sociedad hacen los cambios efectivos.** Por eso casi todos los problemas finalmente señalan a la necesidad de educación de los niños y jóvenes y a la sensibilización y movilización de la ciudadanía. El valor moral del voto no basta, sino que la ciudadanía debemos comprender que todo cambio comienza en nuestro estilo de vida y se hace posible porque lo sostenemos con nuestras actitudes y comportamientos. Nuestro modo de vida es el primer modo de participación social. Además, la ciudadanía quiere participar en la deliberación pública de las cuestiones, en su gestión, en su evaluación, en su modificación. La buena gobernanza es una de las claves del futuro y no solo afecta a la política, sino a todas las instituciones, incluyendo las instituciones de la Iglesia. La transparencia, el rendimiento de cuentas, la evaluación, la escucha de la diversidad de pareceres, la respuesta a las preguntas, la publicidad de las deliberaciones, la comunicación pública y constante, la formación y la implementación de métodos de participación masiva son exigencias que cada vez más buscan garantizar el buen gobierno. Participar es responsabilizarse, lo cual requiere tiempo, dedicación y cuidados, y un estilo de vida que dé espacio a lo comunitario. Una cuestión a la que hay que prestar especial atención es al aprecio de aquellas personas que se comprometen en política tanto en cargos electos como simples simpatizantes o afiliados de una organización.

[30] *La Iglesia agradece e impulsa el compromiso partidario en la pluralidad de organizaciones políticas.*

En momentos de descrédito de la política es especialmente importante que se respete y aprecie el compromiso partidario de tantos que buscan el bien

18. PAPA FRANCISCO, exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, nn. 222-225.

común. **La Iglesia debe hacer un especial agradecimiento a todos los que en este contexto inician o persisten en sus compromisos partidarios** en esos espacios públicos, muchas veces no exentos de tensiones e incomprendiones. No pocas veces estar militando en tal o cual partido ha sido objeto de estigmatización en los distintos ambientes y tristemente hemos sufrido que en algunos lugares supuso jugarse o dar la vida. Hay que animar a la participación partidaria y la Iglesia valora que los cristianos participen en toda la pluralidad de opciones políticas compatibles con el Evangelio. Lo expresó perfectamente Pablo VI: «en la diversidad de situaciones, funciones y organizaciones, cada quien debe determinar su responsabilidad y discernir en buena conciencia las actividades en las que deba participar. Envuelta entre corrientes contradictorias, donde al lado de aspiraciones legítimas se deslizan orientaciones sumamente ambiguas, la persona cristiana debe elegir con diligencia su camino y evitar comprometerse en colaboraciones incondicionales y contrarias a los principios de un verdadero humanismo, aunque sea en nombre de solidaridades profundamente sentidas»¹⁹. A sabiendas de que no todas las decisiones de una organización tienen que ser compartidas por quienes participan en ellos, también hay que animar a que los cristianos busquen el mejor modo de hacer llegar al corazón de las organizaciones políticas la inspiración de Jesús y que el saber social y moral de la Iglesia ayude a fundamentar y discernir las opciones.

[31] La especial vocación de los cristianos a ser agentes de cambio, paz y reconciliación.

Entre los muchos valores redescubiertos para la vida pública, queremos resaltar uno que la Iglesia aprecia mucho por su experiencia: la reconciliación. Como dice el papa Francisco, «la unidad prevalece sobre el conflicto»²⁰: la Iglesia hace una intensa llamada para que los cristianos sean reconciliadores. Sin duda la indignación tiene su papel como un despertador de las conciencias y expresión del malestar. Y sin duda nuestra sociedad se encuentra atravesada por conflictos y problemas, muchas veces muy hondos y de difícil y larga erradicación. Sin duda hay también problemas bloqueados que necesitan enfriar los ánimos y una paciente reconstrucción. Pero una visión solamente negativa o *conflictivista* de la sociedad es insuficiente. Hay muchos aspectos que agradecer y estimar positivamente. Igual que hay una psicología positiva, también debe haber una sociopolítica positiva que valore la importancia de la gratitud en la vida pública, de la celebración y la alegría, que reconozca las capacidades de resistencia y resiliencia, que sea capaz de poner en primera plana lo positivo incluso en el adversario. **Allí donde hay conflictos o divisiones, la sociedad debe aprender a crear procesos de encuentro y reconciliación. La Iglesia sabe ponerse especialmente al servicio de**

19. PABLO VI, carta apostólica *Octogesima adveniens*, n. 49.

20. PAPA FRANCISCO, exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, nn. 226-230.

facilitar esos lugares y procesos. El perdón debe tener un lugar mucho más activo en la sociedad. La Iglesia hace una intensa llamada para que los cristianos cumplan especialmente un papel de reconciliadores en las heridas de la sociedad y en los conflictos de la vida pública. Muchos laicos son cristianos con opciones muy distintas en la política y sin embargo comparten en comunión lo más importante, su enraizamiento en el Evangelio de Jesús. Conviven haciendo posible la comunión en lo fundamental y la diversidad en sus preferencias políticas, incluso a veces muy opuestas. Esa experiencia de comunión y desacuerdo es importante que sea profundizada y quizás se pueda compartir con el conjunto de la sociedad como algo valioso. La Iglesia busca invitar a todos y especialmente llama a los cristianos a que —sin anular las legítimas diferencias— sean agentes de perdón, pacificación y reconciliación. También como institución, la Iglesia debe comprometerse más en ello. Por eso sabemos que siempre se debe profundizar en que haya una representación plural de los distintos tipos de sensibilidades y opciones sociopolíticas en los espacios y medios vinculados a la Iglesia. Creemos que humildemente la Iglesia puede hacer un gran bien no solo iluminando tal o cual decisión política, sino creando las condiciones para que se pueda discernir mejor lo público, se constituya una comunidad sociopolítica más tolerante y sólida y se profundice en todas las deliberaciones.

[32] Mantener y construir puentes en el medio de las grandes disputas públicas.

En todos los países hay demandas de cambios que implican modificaciones que afectan a cuestiones que la población considera fundamentales y potencialmente pueden provocar hondos enfrentamientos. Algunos de esos cambios afectan al derecho a la vida, otros a la soberanía territorial, otros al estatus de los extranjeros en el país, otros a la propiedad privada, los derechos de las minorías o las relaciones internacionales. Algunas de esas disputas son suscitadas o acentuadas por las crisis y otras son más permanentes y están arraigadas a ideologías, religiones, territorios, identidades, etc. En algunos de esos desacuerdos graves se juegan cuestiones que afecta directamente a la dignidad humana y la Iglesia busca sin cesar la defensa de la vida y la libertad. Otros asuntos, en cambio, aunque son cambios radicales, son distintas opciones compatibles con el Evangelio, distintas formas legítimas que los cristianos apoyan pluralmente. En estas cuestiones el problema para la Iglesia no reside tanto en los fines perseguidos, sino en los procesos, porque con frecuencia se producen daños. Así pues, creemos que ante los presentes y futuros desacuerdos graves que se produzcan —pues somos sociedades dinámicas en las que la participación ciudadana crece— debemos tener una cultura pública que sepa encauzarlos adecuadamente. Así, es importante que cuando los desacuerdos son radicales respetemos el derecho que nos hemos dado. Es clave que pese a las discusiones y diferencias no se rompan los puentes de encuentro y diálogo sino que la convivencia se proteja como el bien más va-

lioso, por encima de cualquier idea o creencia. Hay que evitar caricaturizar a los adversarios, estigmatizar al oponente, reducirle a prejuicios que acaban causando menosprecio, odio y violencia. Hay que hacer un especial esfuerzo por comprender los motivos, intenciones y experiencias del otro y tratar de hacer la mejor interpretación posible. **Que lo que nos separa no impida que crezca más lo que nos une.** En todo caso nunca se debe violar la paz, sino defender la no violencia y evitar todo tipo de chantaje y presión que reduzca la libertad de los ciudadanos y organizaciones. Hay que hacer una especial llamada a los cristianos para que en esas situaciones, independientemente de las opciones a que se adscriban, hagan una intensa labor de pacificación, reconciliación e incansable promoción del encuentro, el diálogo y un prudente discernimiento público.

[33] Cultivar un modo de sentir que sea justo y razonable.

El sentir es una forma de conocer las cosas y el sentimiento es una dimensión fundamental de cualquier proyecto común. Es vital la capacidad para hacer sentir el bien de los proyectos públicos y que éstos sepan conectar con las variadas sensibilidades de las personas y sus comunidades. El sentimiento que nos deja determinado suceso o decisión es en parte un modo de conocerlo. Hay hechos que crean en los ciudadanos auténtica esperanza, alegría, confianza o paz y eso confirma su conveniencia. Otros, en cambio, provocan malestar, suspicacia, miedo, indignación o incluso desolación. No son meras reacciones, sino que los responsables y líderes públicos deben estar muy atentos a esa forma de sentir. No obstante, existen distintos niveles en el sentir; desde las emociones más superficiales a los sentimientos más profundos. **La forma de sentir que tiene una sociedad determina muchas decisiones y debemos discernir racional y prudentemente las emociones.** Las emociones son complejas y no son absolutas, se pueden cultivar y modelar. No pocas veces el sentir público se carga excesivamente de emocionalismos que engañan a la razón y hace que sea más probable la manipulación. Aunque los sentimientos son legítima expresión y motivación, y una guía para conocer y juzgar; deben tener un papel equilibrado y una justa orientación. El sentimiento sobre los problemas hace establecer prioridades en la agenda pública y orienta las soluciones que se deben dar. Debemos discernir los verdaderos sentimientos de humanidad e impedir que falsos emocionalismos nos arrastren sin razón.

[34] Superar el utilitarismo para ahondar el espíritu de servicio público y entrega.

Finalmente —aunque habría muchos otros valores que destacar—, la política no puede revalorizarse si carece del sentido de servicialidad, especialmente a quienes más sufren. **Hay valores que quizás a algunos les suenen antiguos pero no es porque sean del pasado, sino porque son eternos.** Formarnos en la servicialidad, en la entrega y la abnegación no es solo algo que debemos vivir inten-

samente durante la infancia y juventud, sino a lo largo de toda la vida. Vivir experiencias como voluntario al servicio de los pobres, cuidando el medioambiente o ayudando a la ciudadanía en servicios concretos y humildes es una gran pedagogía que ha formado a algunos de los mejores responsables públicos. Los valores de la entrega, la solidaridad, la servicialidad o el cuidado del bien común son incompatibles con las tendencias al individualismo utilitarista, el relativismo frívolo o una autonomía entendida como solipsismo y aislamiento moral de los demás. Crear responsables públicos es educarnos como servidores públicos, constantemente atentos a decidir teniendo en cuenta el bien mayor de quienes más sufren y están más excluidos incluso de esa propia decisión. Los pobres y vulnerables —por falta de medios, discapacidades, enfermedad, dependencia o falta de sentido— no son un campo de acción sino un criterio para toda acción en la vida pública. Todos estamos llamados a vivir implementando ese criterio en nuestras decisiones más domésticas y cotidianas y en las profesionales y que afectan a más gente.

[35] Redescubrir el capital moral del país desde sus raíces es también redescubrirnos a nosotros mismos.

El capital moral de una sociedad está formado por todos aquellos valores que son compartidos y están internalizados en todas las capas de la sociedad, y dan forma al interior de todas sus instituciones. La crisis no solo ha sido un problema de descapitalización económica, sino que vino precedida de una descapitalización moral. Trabajar por la recapitalización moral del país es el trabajo de base que permitirá reconstruir la sociedad y buscar alternativas para lograr un modelo de desarrollo pacífico y sostenible. La resiliencia colectiva depende de ese capital moral y de las disposiciones —actitudes, aptitudes, confianza y sentimientos compartidos— que seamos capaces de generar. Esa renovación ética no solo surge de nuestro diálogo con las necesidades del futuro, sino que debemos también buscarla en lo que somos, en la larga vida como país. La memoria histórica nos proporciona momentos sufridos que queremos aprender a no repetir y otros momentos vividos en los que brillaron valores que debemos ahondar. Sin duda es necesaria una constante revisión de la historia, buscar la verdad y ser críticos. Pero también saber convivir reconciliados con ella. Seríamos injustos si no hubiera una cierta solidaridad con las generaciones futuras y pasadas y fuéramos capaces de distinguir qué aspectos de nuestra historia constituyen una tradición positiva de valores; en dónde hemos contribuido al patrimonio moral de la humanidad. Olvidar el pasado invita a que las generaciones futuras olviden nuestro presente, en donde también tantas acciones positivas y dignas se han abierto paso entre grandes dificultades. Aunque hay una legítima corriente crítica con la Transición y no se puede sacralizar ninguna época, queremos resaltar algunos **valores que entonces ayudaron y son necesarios en la actualidad: concordia, respeto, tolerancia, perdón, diálogo, consenso, acuerdo, reconocimiento, encuentro.** Sin duda cada uno de ellos puede convivir con otros aspectos negativos, pero sería injusto no reconocer que ahí existe también un mo-

tor positivo de nuestra tradición y que fue una experiencia de moral pública por la que España inspiró al mundo. Si vamos más a lo hondo, debemos pensar dónde se enraíza nuestro capital moral. No en los meros procedimientos o leyes sino en las fuentes últimas de las comunidades: en el patrimonio artístico e histórico, en la tradición intelectual y científica, en las experiencias cruciales de nuestra historia, en los estilos de vida y la singular cultura de cada territorio, en nuestra lengua y modos de ser familia y relacionarnos, en la religiosidad y espiritualidad de la gente... Todo ello es el entramado prepolítico de raíces del que bebe la sabiduría y cultura colectiva y que sustenta una cultura pública. Quizás una actitud excesivamente hipercrítica hacia lo que fuimos —aunque es necesario un continuo examen— nos impide valorar en su justa medida el legado recibido y sería bueno compartir y cuidar pacífica, agradecida y humildemente nuestro patrimonio sapiencial común. La actual corriente social de redescubrir valores significa innovar con las lógicas del siglo XXI e interactuar con la diversidad de culturas con las que convivimos, pero también redescubrirnos a nosotros mismos, los cimientos de la Casa Común.

V. Regenerar las instituciones

[36] Está ya en proceso una profunda reforma de las instituciones que hay que alentar y ayudar a orientar.

Recrear redes y redescubrir valores produce el tejido social y moral que permite regenerar las instituciones. Pero a la vez regenerar las instituciones ayuda a intensificar la creación de redes y el fortalecimiento de los valores. Eso es especialmente cierto en las instituciones sociopolíticas que tienen responsabilidades sobre el conjunto de la sociedad. Si desde las principales instituciones se tomaron tantas decisiones inadecuadas, se corrompieron comportamientos o no fueron ejemplares, no fue porque hubiera casos puntuales o excepcionales, sino porque **las propias instituciones no se exigieron una conducta ética, faltó vigilancia o incluso se benefició de aquellos**. La ciudadanía ha reclamado con justicia una profunda reforma de las propias instituciones y está en manos de éstas que den cauce ese malestar para que no continúe la desconfianza y su deslegitimación social. Ya ha comenzado ese proceso de reforma y por la presión de la calle, la intervención de nuevos actores políticos o la propia reflexión ante las consecuencias de la gran crisis, se está en una lenta senda de reformas y cambios significativos.

[37] Es preciso comenzar por lo fundamental y dotar a las instituciones de una densa y eficaz interioridad.

Quizás el cambio más fundamental reside en dotar a las instituciones —partidos, ONG, sindicatos, Administraciones, profesiones, agencias de servicios

públicos, parlamentos, gobiernos, empresas, etc.— de una más densa interioridad. La interioridad de una institución consiste en la urdimbre de valores, principios, intenciones, aspectos identitarios y referencias de sentido que le guían para cumplir su misión y determinar sus decisiones. Ese conjunto de códigos, tradiciones y referencias forman un marco normativo y prudencial que le orienta a discernir y elegir. Esa figura de la interioridad nos ayuda a expresar que dicho marco está dentro de cada acción corporativa y actuación de sus agentes. **La interioridad de una institución es la urdimbre de sentido de la que brotan todos sus comportamientos colectivos; es la constitución moral y de significado de la comunidad humana que forma.** Formalmente casi todas las agencias cuentan con esas referencias, pero en demasiados casos no han permeado toda la interioridad de la institución. Por eso la organización decide realizar fraudes, permite corruptelas, practica nepotismos, hace dejación de sus responsabilidades o deteriora la cultura pública. Se debe reforzar el espíritu de cada institución: explicitar cuál es ese marco y que sea interiorizado por cada una de las personas que participan en esa institución —más allá de lo que exige el mero contrato—. En un mundo más reflexivo y flexible, más móvil y diverso, más individualizado y con mayores incertidumbres, los papeles sociales e instituciones debilitan su capacidad de transmitir su marco de significado y son necesarios medios suplementarios. Si no, no logran formarse marcos de sentido y aparecen comportamientos anómicos o perversos. Las instituciones deben poner medios para que quien se integre —profesionales, voluntarios, cargos electos, afiliados, partidarios, colaboradores, etc.— conozca e incorpore esos valores, principios y referencias. Además, debe disponer de los procedimientos y recursos para evaluar que ese marco se aplique y contar con formas de detectar y corregir lo que no funcione en coherencia. Aunque son indispensables, no basta con procedimientos orgánicos porque las situaciones en toda la acción de una institución son muy variadas y al final muchas decisiones dependen del foro íntimo de la persona, sometida a muchas presiones. Aunque es imprescindible la regulación y el control, finalmente solo es eficaz un marco de sentido interiorizado por cada persona, un papel social asumido con toda su responsabilidad y que reside más en el espíritu que en la ley. De ahí la importancia de los procesos de formación, socialización y maduración de cada uno en la institución que sea —la Justicia, los partidos, los medios de comunicación, los sindicatos, una multinacional o un ayuntamiento, etc.—, algo que va más allá de una oposición, un curso o un encuadramiento convencional. Solo sanando las agencias desde su interioridad lograremos regenerar y fortalecer el tejido institucional del país.

[38] *Las instituciones políticas deben mejorar sus modos de prevención y tener una visión integral de su misión y sus responsabilidades.*

Incluso la más sabia interioridad no puede eliminar totalmente la tentación de que alguien la quiebre. Además, cuanto más se concentra el poder, más con-

tradiciones e incertidumbres hay. Frecuentemente muchas instituciones tienen la tentación de tomar atajos para cumplir una parte de su misión. Así, se sacrifican otras dimensiones para alcanzar mayor lucro, mayor poder o mayor ventaja mediática. Dichos atajos tácticos crean problemas añadidos que acaban haciendo la institución o el entorno insostenible. Cuando una organización política recurre al populismo acaba degradando la cultura política y eso le conduce a deteriorar su propia institución hasta convertirla en una entidad insana para todos y para sí misma. Es necesaria una comprensión integral de la misión y ser consciente de que cualquier organización forma un ecosistema con un conjunto de instituciones y comunidades respecto a las cuales tiene responsabilidades. Se debe acentuar la prevención en las instituciones políticas contra los atajos inviables o los comportamientos indebidos: la transparencia, el rendimiento de cuentas, la comunicación pública y debate, las evaluaciones de calidad y auditorías independientes, la participación de expertos y organizaciones especializadas o la libertad de prensa y el acceso de la misma a los procesos de la organización, son todas medidas que forman parte de la prevención que capte e impida conductas inadecuadas. Las organizaciones políticas deben dotarse de métodos y medios más sofisticados y demócratas para prevenir, que además mejorarán la calidad de los procesos y resultados.

[39] Una mayor accesibilidad a las organizaciones políticas y una relación más estrecha y honesta con la sociedad civil y profesional.

Para regenerar las instituciones tenemos que hacerlas más abiertas, accesibles y transparentes y abrirse a la colaboración de muchos otros para reconstruirlas. En las organizaciones políticas debería haber mucha mayor fluidez para que puedan participar personas con el saber y emprendimiento para poder hacer avanzar cuestiones importantes. A veces las cúpulas de los partidos se parecen poco a las bases y la profesionalización de los cargos impide que quienes están comprometidos en la sociedad civil, las profesiones o la ciencia puedan hacer una contribución significativa. Frecuentemente es tan difícil participar en los partidos políticos que quienes quieren aportar ideas o iniciativas se desaniman. La primacía de las luchas por el poder entre distintas corrientes o grupos también obstruye la participación de quienes van a la política de base a proponer ideas e impulsar mejoras concretas. En general los partidos están excesivamente separados de las organizaciones de la sociedad civil y los expertos y éstos sienten que los partidos solo acuden a ellos muy puntualmente y con intereses netamente partidistas. Eso influye en que los actores políticos tengan poca información sobre lo que realmente importa, formación en profundidad sobre aquello sobre lo que deciden y no sean capaces de liderar a la sociedad. **Es necesario establecer una relación mucho más amplia, permanente y fluida con las organizaciones sectoriales para escuchar los verdaderos problemas y crear soluciones.** Sin esa raigambre

en la sociedad civil y profesional, los partidos desaprovechan la más valiosa energía creativa y el saber más cercano a cada realidad. Especialmente importante es que los implicados en política conozcan de primera mano la realidad de quienes sufren más, se acerquen personalmente y escuchen suficientemente su situación y experiencia. Las instituciones tienen que tener un corazón compasivo y abierto a quienes más necesitan que hagan bien su función.

[40] Respetar escrupulosamente la autonomía competencial de cada institución y buscar a los más cualificados para liderarlas.

Las tentaciones del poder llevan a veces a querer dominar todo y manipular lo que hacen todos los demás con tal de mantenerse en él. A veces gobiernos o grupos políticos sufren la inclinación a querer controlar el trabajo de otras instituciones para que sirvan a sus intereses. Así, invaden sus competencias, colonizan sus centros de decisión o politizan excesivamente la selección de los responsables de la misma, haciendo valer más las simpatías y complicidades que los méritos y preparación. Eso establece mecanismos clientelares que son un gran mal de un país. Por el contrario, uno de los aspectos cruciales para el futuro de España es fomentar el valor de la excelencia. Para la regeneración y reforma de las instituciones es crucial crear una cultura pública de extremo respeto a la autonomía de cada agencia para que cumpla libre y rigurosamente sus competencias. Asimismo, la cultura y la sociedad civil tienen sus propias dinámicas y no deben ser violentadas por el Estado salvo para que se cumpla el orden público. Hay un clamor popular para que se evite la invasión de todas las instituciones por parte de grupos políticos que ponen en ellas a personas al servicio de los intereses del partido o de una ideología. Por esa razón, entre otras, grandes instituciones de nuestro país han sido destruidas y otras muchas carecen de la confianza de la ciudadanía. Es preciso un **enorme esfuerzo para que los procesos de elección sean mucho más meritocráticos, se elija a los mejores y que gocen de la mayor reputación profesional y social que sea capaz de recuperar la confianza**. Eso afecta a todas las cúpulas de instituciones, consejos, medios, etc. que constituyen nuestro país. Esa dinámica partidocrática echa atrás a muchos hombres y mujeres muy valiosos que quisieran contribuir con su saber y esfuerzo al servicio público. La partidocracia está en el origen de muchos males pues crea un conjunto de elites que dominan la sociedad controlando medios de comunicación, ámbitos de justicia, consejos en las más diversas organizaciones, patronatos de fundaciones públicas, empresas dependientes del Estado, etc. Así, la debida función del contrapoder no se produce, las agencias no pueden cumplir sus competencias y el foco de la acción no está puesto en la innovación y mejora sino en mantener el poder y las complicidades pues, al final, es eso lo que decide las elecciones. Por esa vía se favorece la corrupción, la alienación y dominación de la ciudadanía y la impunidad de quienes violan

desde el poder la ley o el incumplimiento de los programas electorales. Elegir a los mejores no significa favorecer la tecnocracia, sino que hay que hacer una valoración integral de cada persona contando con sus valores y disposiciones. Pero es urgente la descolonización de las instituciones para que puedan ejercer con autonomía y excelencia sus funciones y así devolver el prestigio y confianza a la política. Que los políticos confíen en las instituciones hace que la ciudadanía confíe en ellos.

[41] Poner los medios para que los periodistas puedan ejercer profesionalmente la libertad de prensa.

Los medios de comunicación cumplen un papel crucial para profundizar en la democratización que necesita nuestro país. No solo se debe respetar la libertad de prensa, sino que se deben poner las condiciones adecuadas para que pueda ejercerse. La politización de los medios de comunicación públicos acaba atentando contra el buen periodismo y la libertad de prensa. Por otra parte, la precarización laboral de los periodistas degrada las condiciones en la que deben ejercer su profesión y pone a muchos bajo la arbitrariedad. Sin duda contemplamos también un enorme campo de libertad y creación periodística gracias a internet y las redes sociales. No obstante, **es preciso que los periodistas cuenten con una base material suficiente para poder tener libertad y desarrollar carreras profesionales sólidas y sostenibles en el tiempo.** Elevar el número de lectores y hacer modelos económicos viables de periodismo será fundamental para superar los problemas que padecemos y prevenir los del futuro.

[42] Promover especialmente el desarrollo integral de las profesiones y extremar la vigilancia de su ejercicio ético.

El mundo profesional es otro de los campos estratégicos. Los profesionales son todos aquellos que aplican un saber de modo permanente, generalmente a través de un empleo o una función para la que han sido elegidos. Las profesiones se agrupan en las más distintas ramas del saber y el trabajo. Las profesiones forman instituciones alrededor de un oficio, un área de conocimiento o una función y cuidan de su desarrollo y autorregulación. No solo hacen evolucionar el saber, sino que cuidan especialmente los valores, principios y referencias de dicho campo —el periodismo, la dirección de bancos, el cuidado de los montes, la judicatura, la gestión del agua, la tasación de viviendas, los servicios sociales, la energía, la producción de automóviles, la educación, el teatro y otros tantos miles de campos—. **Una buena parte del problema de la gran crisis ha sido que los profesionales en sus puestos han tomado decisiones inadecuadas guiados por el lucro o presionados** por unas condiciones que no les dejaban actuar con lealtad a la misión que la sociedad les enco-

mienda a través de su profesión. A la vez, ha habido campos de la política y las funciones públicas en los que la profesionalidad ha sido muy insuficiente. La profesionalidad no puede degradarse en mera tecnocracia, sino que hay que cuidar muy especialmente la interioridad de las profesiones desde los primeros momentos de la formación de los jóvenes en los centros educativos. Así, cada profesión debería contar con la libertad y pluralidad interna suficientes para poder hacer avanzar la calidad del conjunto de personas que actúan desde ese campo.

[43] Las organizaciones de la sociedad civil y profesional deben incrementar su incidencia pública para lograr soluciones integrales.

Las comunidades primarias de la vida cotidiana deben proponerse participar mucho más intensamente en la sociedad civil y la opinión pública. A su vez, también la sociedad civil debe elevar propuestas a la esfera política y hacer una incidencia pública de calidad para la defensa y promoción de las causas justas. No se debe vaciar la sociedad civil para nutrir las posiciones de la política pero sí que debe haber una mayor cooperación con los responsables políticos para diagnosticar y crear políticas eficaces. Para ello hay que especializar a activistas y profesionales que hagan esa incidencia. A la vez, la accesibilidad y movilidad en los partidos políticos y las responsabilidades públicas debe permitir que expertos de la sociedad civil y profesional realicen servicios valiosos durante un tiempo. Aquí será crucial esa cultura pública que aprecie el compromiso partidario, agradezca el servicio público y no estigmatice a quienes sirven al país en cualquier gobierno legítimo, sino que luego les reintegre a las organizaciones de la sociedad civil y económica. Sin esa reputación del servicio público y tolerancia a las militancias partidarias condenamos a los responsables políticos y cargos de confianza política a una dinámica de puertas giratorias o a carreras excesivamente largas en la política. Por otra parte, proyectarse a la incidencia política, hacer propuestas y que líderes o expertos de las entidades sociales realicen servicios públicos, no significa politizar a las organizaciones ciudadanas en el sentido de que sigan consignas partidistas ni contribuyan a una partitocracia que pueda colonizar la sociedad civil. **La autonomía de la sociedad civil debe ser preservada y actuar desde sus lógicas cívicas, comunitarias y del Tercer Sector.** Especialmente llamamos a todas las organizaciones sociales de inspiración cristiana a realizar las labores —solas, en colaboración con otras o a través de plataformas— de incidencia pública y transformación de las causas de los problemas. Eso implica actuaciones tanto en materia política como en las dimensiones culturales de los valores, creencias y modos de sentir de la gente. Las organizaciones deben servir al desarrollo humano integral.

VI. Acompañar a los cristianos en su compromiso político

[44] Hallar los lenguajes de sabiduría para compartir lo cristiano en los espacios políticos.

En un mundo cada vez más complejo y diverso, todos debemos aportar lo mejor de cada uno y los cristianos debemos aprender a compartir en ese contexto el saber de la Iglesia para ayudar a emprender e iluminar en las diferentes situaciones. **La experiencia de la comunidad cristiana, con todas sus limitaciones y errores, puede ser de gran utilidad** para el conjunto de la sociedad a la hora de proveer de espacios de formación y experiencia en la participación ciudadana. La preocupación y ocupación por el bien común debe enraizarse en los ámbitos vitales más íntimos. A la vez, necesitamos grandes relatos que orienten al conjunto de la sociedad. En un momento en el que la incertidumbre y la aceleración del mundo plantea retos cada vez más cruciales y globales, es necesario más que nunca arraigarse en las sabidurías más profundas que nos comunican con las fuentes de la condición humana. Lejos de encerrarse en lo técnico, la dialéctica mediática o absolutizar ideologías —que tienen su función pero no se les puede pedir ser cosmovisiones de toda la existencia—, es preciso tener fundamentos que den hondura, criterio y coherencia al ejercicio político. Por eso es bueno que el cristianismo sea compartido con todos para que fecunde la cultura política, lo prepolítico y también lo metapolítico —el horizonte y fines hacia los que nos dirigimos—. El papa Benedicto XVI nos animó a compartir la verdad de Jesús del modo que no hiera la libertad del otro.

En un mundo en el que algunos grupos religiosos usan impropriamente el nombre de Dios para intimidar, imponer o violentar, los cristianos debemos esforzarnos en aprender a compartir con los lenguajes de la sabiduría y el corazón que hablaba Jesús. Sin duda el lenguaje de los hechos es la más elocuente palabra del cristiano, pero en tantos espacios de diálogo, creación y deliberación es imprescindible también dar voz explícita a la propuesta de Jesús. Las sensibilidades de la opinión pública cambian y las formas de recibir la palabra de la Iglesia y los cristianos varían. Eso significa que debemos buscar el modo en que el encuentro sea posible y el diálogo sea real. **Tenemos encontrar los lenguajes de sabiduría que permiten compartir y colaborar con la gran variedad de personas de buena voluntad** que nos encontramos en nuestra sociedad. Pero no podemos hacer dejación de la responsabilidad de compartir lo más valioso que vivimos, el amor de Dios. Además de la acción individual de cada cristiano, será bueno suscitar diálogos grupales y reflexionar públicamente en cada una de las organizaciones y tradiciones políticas. El Es-

píritu sopla donde y cuando quiere y hay que estar atentos a aprender de la acción y palabra de cualquier persona.

[45] *Acompañar pastoralmente el compromiso político y sensibilidad pastoral con la pluralidad de opciones.*

Ayudaría mucho a la sociedad española el desarrollo de una pastoral para el compromiso en la vida pública respetando la auténtica pluralidad. Además hay que poner los medios para el acompañamiento de aquellos que se impliquen más en política de modo que puedan formarse integralmente y contar con soporte para poder realizar su misión. La militancia partidaria y la asunción de responsabilidades públicas es con frecuencia un aprendizaje largo. **La formación sociopolítica, los grupos de reflexión y el pensamiento para iluminar dicha participación son importantes.** También será importante animar a los cristianos desde la vida ordinaria de la Iglesia, en las reflexiones de grupos y en la formación de los jóvenes. No obstante, en toda la vida de la Iglesia y los espacios vinculados a ella ha de tenerse una gran sensibilidad pastoral con la pluralidad de opciones políticas en las que están comprometidos el conjunto de laicos en la vida pública. Ahora bien, «aun reconociendo la autonomía de la realidad política, mujeres y hombres cristianos dedicados a la acción política se esforzarán por salvaguardar la coherencia entre sus opciones y el Evangelio y por dar, dentro del legítimo pluralismo, un testimonio, personal y colectivo, de la seriedad de su fe mediante un servicio eficaz y desinteresado hacia la humanidad»²¹.

[46] *La formación de jóvenes para la política y el servicio público.*

La formación de líderes y servidores públicos competentes es clave para el futuro. **La labor que puedan realizar las universidades al respecto será un gran servicio a toda la ciudadanía.** Es importante que los jóvenes de las organizaciones partidarias reciban una formación en la que se haga especial incidencia en las disposiciones de servicio, en la opción por los pobres y en todas aquellas virtudes que hemos resaltado en este documento, con especial énfasis en el encuentro y el diálogo.

Final

[47] *Una sociedad puede nacer de nuevo del Espíritu.*

Nicodemo era un anciano respetado de la comunidad en que vivía Jesús de Nazaret. Había dedicado toda su vida al servicio del pueblo y era una referencia

21. PABLO VI, Carta apostólica *Octogesima adveniens*, n. 46.

para todos como hombre justo, prudente y de paz. Pero al conocer la esperanza radical que anunciaba Jesús, fue a buscarle, se encontró con él y estableció uno de los diálogos más memorables de todo el Evangelio. Nicodemo hizo la gran pregunta sobre el cambio, «¿Cómo puede un hombre nacer siendo anciano?». Igual que Nicodemo, muchas personas se preguntan hoy en día cómo puede hacer la sociedad para reformarse, regenerarse o reconstituirse. ¿Cómo puede una sociedad renacer? La respuesta que Jesús da a Nicodemo es conocida: «el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios». Jesús nos da la clave para los cambios que necesitamos en la vida, «nacer del espíritu», nacer de aquello que es duradero y sostenible, de aquello que merece ser eterno. Pero ese descubrimiento de nuestro espíritu común se halla en **una situación como la que vivieron Jesús y Nicodemo: en el seno de un encuentro y un diálogo, las condiciones sin las cuales no es posible hallar la verdad y el bien común.** Por eso todo el Pueblo de Dios desea de todo corazón ser una «Iglesia en salida» (EG, n. 20) que vuelva constantemente al «amor primero» (Ap 2, 7) que es Jesucristo, para, desde él, responder y compartir con humildad y determinación los retos y necesidades de nuestra sociedad española tan urgida de encontrar renovados fundamentos pre-políticos de solidaridad, confianza y ciudadanía, así como de fuentes de genuina esperanza. Para dotar de «alma» a nuestras sociedades, para superar los grandes problemas con un espíritu solidario y para convivir en una sociedad con sentido y sostenible, hoy es imprescindible la primacía del diálogo y el *compromiso con la cultura política del encuentro.*



 ***Caritas
Española***

Editores

Embajadores, 162 - 28045 MADRID
Teléfono 914 441 000 - Fax 915 934 882
publicaciones@caritas.es
www.caritas.es